

CAEI

Centro Argentino
de Estudios
Internacionales

200 años, un buen momento para forjar nuestra adultez estratégica

Una apocrifonía de los hombres de plata

by Juan Recce

Working paper # 22

Programa de Política Exterior Argentina



200 años, un buen momento para forjar nuestra adultez estratégica

Una apocrifonía de los hombres de plata

"el viajero que huye tarde o temprano detiene su andar"
Carlos Gardel, Volver

Juan Recce¹

Este Artículo fue previamente publicado por el Congreso de la Nación:

Juan Recce, "200 años, un buen momento para forjar nuestra adultez estratégica. Una apocrifonía de los hombres de plata", Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación, Número 125, Editorial del Congreso de la Nación, 2010, pp. 125-132

En una ocasión una amiga me contó una historia escalofriante. Sorprendentemente verídica y contemporánea.

Un introvertido joven adolescente, un buen día, decidió gastar sus ahorros en adquirir una peculiar mascota. Desde hacia meses había quedado fascinado por la mansa pero al mismo tiempo desafiante presencia de una boa constrictora que se exhibía en uno de aquellos tantos sórdidos sitios web que frecuentaba. Con esfuerzo y no con escaso aval de su madre ocupó parte del lavadero de su casa estableciendo allí una despensa de alimentos frescos para la boa. El joven sabía claramente que su

¹ Nacido en Buenos Aires en 1979. Magíster en Defensa Nacional (EDENA). Luego de concluir sus estudios universitarios en Filosofía obteniendo el título de profesor (Seminario Diocesano - UCA), realizó sus estudios de licenciatura en Relaciones Internacionales (UAK). Autor del libro "Poder Plástico. El hombre simbólico materialista y la política internacional", IPN Editores, Bs. As, 2010. Egresado de los cursos de posgrado: "Strategy and Defense Policy" y "Advanced Civil-Political Military Relations" por la National Defense University (Washington); "International Law of Military Operations" por el Defense Institute of International Legal Studies; y "Psychology of Intelligence Analysis", "Information Quality and Business Process", "Fuentes abiertas de información y calidad de información" y "Producción Informativa", entre otros. Docente Universitario de Posgrado. Titular: Prospectiva Estratégica (UNLP). Titular: Pensamiento complejo y problemas estructurados (IIFA). Titular: Política Exterior Argentina (Escuela Superior de Guerra Conjunta de las FF.AA.). Invitado: Ciencia y Tecnología (EDENA). Profesor visitante en la Universidad Autónoma de México (UNAM), Instituto Tecnológico de Monterrey (TEC), SIT Graduate Institute -Bolivia-, en la Universidad Nur de Santa Cruz de la Sierra. Profesor invitado en la Universidad de Palermo (UP), en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), en la Universidad Nacional del Centro (UCEN). Fue docente en la Universidad Kennedy (UAK) en las cátedras: Titular: Ideologías Políticas Contemporáneas, Negociación y Toma de Decisiones e Introducción a las Relaciones Internacionales. Director Ejecutivo y miembro fundador del Centro Argentino de Estudios Internacionales (CAEI), Asociación Civil y Coordinador en ese mismo centro del Programa de Fenomenología Política (PFP). Es autor concurrente de capítulo de libros editados en compilaciones. Autor de libros electrónicos, artículos especializados sobre temáticas filosóficas, politológicas, de teoría de las relaciones internacionales y de análisis de caso en ediciones impresas y digitales. Ha realizado ponencias varias sobre temáticas vinculadas a la situación regional en universidades nacionales y extranjeras. Ha intervenido en medios de comunicación mediante entrevistas radiales, televisivas y artículos especializados en prensa escrita de Argentina, Australia, Brasil, Bolivia, Canadá, Chile, Colombia, Estados Unidos, México y Venezuela, entre otros. Se desempeña como analista de política internacional en el sector público.



compromiso mascotil implicaba aceptar las reglas instintivas de la cadena alimentaria. Pequeños roedores e insectos medianos coexistían en el diminuto balcón cerrado donde se secaba la ropa.

El adolescente, cuyo nombre no nos interesa, manifestaba una inusual felicidad. Su adquisición le había cambiado el espíritu. Sentía que una empatía especial existía entre él y su amiga de sangre fría. Tal era el afecto que tenía por su boa que la había hecho merecedora de morar en su cuarto y dormir junto a él en su cama. El joven pensaba que había encontrado su compañía ideal.

Tras algunos meses de idilio, la mascota comenzó a dar signos de decaimiento. Tendida inmóvil y recta sobre la cama, la mascota perdía peso y se resistía a probar bocado. Al término de unas semanas la situación se había vuelto insostenible. El adolescente, preocupado, tomó a su boa, cual listón de metro noventa, y se dirigió a la veterinaria para hacerla revisar. Tras ponerla tendida sobre una camilla el veterinario empalidecido interpeló al muchacho diciéndole: "Deshacete ya de este animal". A la dramática pregunta por el porqué exigida por su dueño, el veterinario replicó: "¡Te esta midiendo!". El joven entró en una profunda depresión acongojado por la incomprensible traición de su compañera ideal que pretendía deglutirlo. Una cínica versión de la boa de Saint Exupery que se comió un elefante.

El adolescente no podía comprender que su boa no tenía conciencia social y que por tanto era absolutamente incapaz de responder a sus expectativas, es decir, de mirarse en el humano y subjetivo espejo de su amo para satisfacer sus necesidades. Para el adolescente, esta alienante huida del mundo, de sus desafiantes oportunidades y riesgos asociados, resultaba mucho más cómoda y promisoría que enfrentarse con un mundo de subjetividades pares que co-condicionen su entorno y lo interpeleen a crecer. Apartarse y proyectar fantasmas sobre el mundo (su mundo), penar sus fracasos mentados para luego volver a (re)inventarse (pero solo dentro de sí) formaban parte de su modo estructural de funcionar frente a la vida. El narcisismo roto por sus idilios quebrantados, y su posterior reinención -habilitante de nuevos idilios semejantes-, tenía para él algo más fruibler que el auténtico forjamiento de su autónoma adultez.

La oscura historia de este joven y su boa se parece, pero a escalas geoméricamente superiores (y metafísicamente mucho más indeconstruibles a causa de la validación de los agentes involucrados), a las huidas colectivas que algunas comunidades humanas hacen para con sus compromisos históricos con el éxito estratégico, la bonanza material, la concordia política y la prosperidad social. Asumir las desafiantes oportunidades y riesgos de un futuro planificado, con el adulto compromiso del esfuerzo sostenido, implica renunciar a las megalómanas farsas del destino y a los vicios sociológicos de un fruibler narcisismo bipolar.

Tal parece haber sido, cuenta la leyenda, la narcisista desdicha colectiva de la gente del país de plata. Aunque rodeados de grandes potencialidades para la bonanza material -privilegiadas capas de humus, caudalosos torrentes hidrográficos, tupidos mantos forestales, inmensos litorales marítimos y bloques orográficos repletos de minerales- que les hubiese permitido asegurarle a las próximas generaciones un



holgado tránsito hacia el desarrollo sostenible, apostaron, por esos absurdos imponderables de la historia (aunque no carentes de lógica para los más versados hermeneutas), apartarse de las cosas, proyectar fantasmas sobre su mundo y penar sus fracasos mentados para luego volver a (re)inventarse, ininterrumpidamente, pero solo dentro de sí, mientras la vida les transcurría. Las peligrosas boas con las que coquetearon a lo largo de la historia dejaron sus profundas huellas condicionantes en el devenir. La neurótica adolescencia crónica se burlaba del colectivo envejecimiento transgeneracional de los hombres de plata.

La gente del país de plata en sus míticos orígenes, cuenta la tal vez homérica leyenda, quiso construir una gran ciudad, una ciudad-torre, una que cualquier dios, por encima de la tierra o debajo de ella, hubiese de envidiar, una París sudamericana. Una iluminada megatropolí antinomia de la barroca barbarie de su mundo periférico, las tierras interiores. Pero el dios de los sistemas que se ajustan antropógenamente confundió sus lenguajes y les impuso asimetrías en los índices de desarrollo humano, pobreza transgeneracional con altos índices de fertilidad demográfica, migraciones internas, desocupación, desnutrición infantil y un sistema de coparticipación federal parasitado por el déficit estructural de su sistema previsional, entre otras muchas dolencias.

Enceguecidos por el amor a su boa, los hombres de la ciudad-torre del país de plata, en lugar de invertir sus rentas en la adquisición de bienes de capital socialmente transformadores - articuladores materiales de aquellos lenguajes equívocos y traductores del sueño sugestivo de vida en común- cambiaron una y otra vez la noble primogenitura propia de las elites modernizadoras por un plato del lentejas (a veces trigo, otras *corned beef* y también soja) al igual que el lerdo Esaú².

La bella y maldita ciudad moldeó, tal vez sin saberlo, un perverso sistema de movilidad ascendente sólo apto para metafísicos iurisconsultos y tenedores de libros contables, ávidos de asegurarse una butaca abulonada en la *bureau* fisco dependiente. Los hombres de plata que renunciaban así a inventar, emprender y arriesgar, habían eliminado del universo de lo socialmente posible la conformación de una clase privada lo suficientemente dinámica y emprendedora que permitiese aprovechar los dones de la tierra, para pasar de ella a la industria y de esta última al dominio social del conocimiento. Las periferias de las tierras interiores no pudieron más que reproducir (aunque no sin que medien alianzas) aquellos esquemas de pseudo movilidad ascendente aceptando rendir adoración socialmente acomplejada a la ciudad-torre y amar a sus boas.

Los hombres de plata sabían, al igual que el ingenuo René Magritte, que "*ceci n'est pas une fédération*" (esto no es una federación). También lo sabían los señores de los anillos, que desde la *constitutio de feudis provincialis*, habían comprendido los negocios "boailles". Desde entonces acordaron regentear los sueños y las esperanzas existenciales de los parias que moraban en sus dominios.

² Del libro del Génesis, Cap. 25, incisos 27-34.



En las tierras de plata, Cain y Abel se despellejaron por la "correcta" operacionalización del interés nacional una y otra vez durante dos siglos, alternándose en sus roles de víctima y victimario, según el espíritu de los tiempos sea en Enzo Bordabehere, Stravisky, Don Bosco, La Mignon, Don Chicho, Napoleón, Carnera o San Martín, hasta que emergió de entre los subsuelos de la contradicción la bestia de siete cuernos. Esta terrible creatura que mutaba entre la izquierda, la derecha, el progresismo de avanzada y el fascionalismo irracionalista, se había adueñado de la ciudad-torre, de sus fuertes, sus apaches, sus ciudades, sus ocultas, sus periferias feudales y también comunales. Hija de las profundas huellas condicionantes de la historia, no hizo más que repetir, con otra estética, la contingente esencia de la traspolación perversa que desde los aquellos primeros años de "concordancia" había sustituido para las plebes la movilidad social por la movilización social y la efectividad política por el efectivismo electoral. La neurótica adolescencia crónica continuaba burlándose del colectivo envejecimiento transgeneracional de los hombres de plata.

Esto volvió epistemológicamente perversos a aquellos los hombres y por tanto incapaces de discernir las auténticas oportunidades de los fantasmas que proyectaban sobre el mundo. Otorgarle la condición de "causa" a "efectos con poder causal" formaba parte de su modo estructural de funcionar frente a la vida.

Cuando cada tanto surgía de entre sus plebes algún profeta díscolo, retoño de la verdadera élite, que descubría que para auditar el orden material de los hombres de plata "sólo se requería saber sumar y restar" e interpelaba a sus pares boeizados, "cuando usted no entiende una cosa, pregunte hasta que la entienda. Si no la entiende es que están tratando de robarlo"³, lo hacían merecedor del silencio público y del destierro sistémico. Algunos de ellos, muy versados e ilustres, mucho más que algunos ávidos lectores de Sócrates, terminaron sus días en la austera pobreza llegando a mendigar trabajo en los clasificados o a vender ballenitas en la plaza de los dos congresos.

Los hombres del país de plata degustaban a diario finos mármoles italianos, manufacturas inglesas y perfumes franceses gracias a las rentas proporcionados por el concéntrico y asimétrico embudo de convergencia productiva, también conocido como la telaraña agroexportadora.

Aunque muchos presumían saberlo pocos eran realmente contestes que los caballeros de la Orden de la Jarretiere, *the most noble order of the british empire*, los 24 nobles que sucedieron (y sucederán) por generaciones a la guardia pretoriana de Eduardo III, habían hecho del país de plata uno de los tantos nodos de sustentabilidad del imperio de su ultramar. Las tierras de plata eran las menos importantes en su mapa global de *pax* comercial, sobre todo si eran comparadas con las tierras de Confucio, del Sha o las del emperador amarillo. Sin embargo, como todo respondía a una milimétrica estrategia de expándete o sucumbirás, al son del té de las 5 pm, sus negocios con los hombres de plata proliferaban a causa de la

³ Raúl Scalabrini Ortiz, *Bases para la Reconstrucción Nacional*, Tomo I, Ed. Plus Ultra, 3° Edición, p. 23



neurótica adolescencia crónica de los moradores de la ciudad-torre. Los caballeros de la Orden de la Jarretiere raramente urdían ardidés desestabilizadoras, antes bien aprovechaban los ríos revueltos para pescar con facilidad.

Algunos arqueólogos dicen, en lugares poco expuestos por temor a ser tildados de conspirativos y ser expulsados de sus positivistas nichos académicos con rentas de subsistencia, que entre las ruinas de la ciudad-torre aun pueden verse emblemas imperiales con la inscripción "*honnei soii qui mal y pense*" o grabados con la flor de cardo.

Incluso cuando la primera fase del apogeo imperial estaba en franca declinación (nadie sabe cuando puedo comenzar un nuevo apogeo) porque los caballeros de la Orden de Jarretiere habían decidido quedarse estancados en la maquina a vapor y la producción textil a escala -a diferencia las tierras de Thomas Jefferson, Otto von Bismark y Mutsuhito que apostaron a los motores de explosión y a la ingeniería química- los hombres de plata redoblaron la apuesta de amor por su boa y continuaron fieles a su pacto de división internacional del trabajo. Esto les mereció que como homenaje al primer centenario de su resemantizado desembarco, los alfiles de la Orden de Jarretiere, entre los que los había ya plateados, obsequiaran al pueblo de la ciudad-torre, y transitivamente a los habitantes de las tierra interiores, una nueva torre que vino a confundir aún más sus leguajes.

Como los hombres de plata eran patológicamente narcisistas y bipolares los alfiles de la Orden de Jarretiere aprovecharon tal condición como causa habilitante para moldear sus estructuras materiales y simbólicas y condicionar, aunqúe no determinar, para siempre los destinos de aquellos lares.

Una falta de visión estratégica, sorprendentemente mucho más grave que la de los hombres de plata, hizo que el victoriano sistema de relaciones poder sucumbiera en 1929 posibilitando el ascenso de las tierras de Jefferson. Los hombres de plata habían comprendido parcialmente la lección, pero las lesiones estructurales que el monopsonio británico había dejado en su sistema fiscal, crediticio, logístico y productivo los obligaron a recibir el oscuro beso de la muerte de Walter Runciman.

Una nueva *pax* sería establecida a nivel global tras la caída del fúhrer Bismark III. Previo a esta, los hombres de plata se habían dividido entre el amor y el odio a aquel fúhrer, vaya uno a saber si no por tardía venganza a los alfiles de la Orden de Jarretiere o tal vez simplemente a causa de su errático y vaporoso pensamiento estratégico. Es tarea de los hermeneutas determinarlo.

Lejos ya del abrazo constrictor de una de sus tantas boas, tal vez la más amada, y habiendo ninguneado durante decenios a Jefferson y sus demócratas hemisferistas, los destinos de las tierras de plata se sumergieron en un oscuro duelo intestino entre sus propios demonios, subsidiados por los dos grandes demonios de ultramar. Tras la muerte del demonio centralmente planificador, las paradojas del fin de la



historia llevaron a los hombres de plata a un insano amorío, frenético y obsecuente con los hombres de las tierras de Jefferson que acabaron por secar sus ríos caudalosos, arrasar sus bosques y monocultivar sus humus.

El país de los hombres de plata era en el vecindario global uno de los tantos desdichados loquitos del barrio, aunque de los más decorosos, atenuante a pesar del cual nunca perdió el mote de fantástico pato de la boda. BHP Billinton, Anglo American, Pan American Energy, Petrobras, Benetton, Camargo Correa y otros tantos bodiles comensales le rendían tributo a su incesante río revuelto.

No hay registros documentales sobre el final de los hombres de plata pero cuenta la leyenda de transmisión oral que un profeta pagano, deconstructor de los cimientos metafísicos de la ciudad-torre y sus presupuestos escatológicos sobre el neurótico formato helicoidal de la historia (impuestos, tal vez, por algún falsificador de Sófocles), un teólogo de la plasticidad de los fenómenos humanos, vino a implantar el principio de rectilineidad del tiempo entre los hombres de plata, fundado en la idea de línea como infinita y contingente sucesión de puntos.

De entre los transmisores de esta sub-leyenda hay quienes dicen haber accedido al texto de aquella profecía, muy a pesar de lo cual, sus megalómanas afirmaciones sobre otros aspectos de la meta-leyenda hacen desmerecedoras sus crónicas de todo crédito.

La sobreabundancia de iurisconsultos que normatizaron las emociones de los hombres de plata, e institucionalizaron sus goles socialmente aglutinantes, establecieron rígidos criterios bibliotecológicos de archivado nomenclador de cuanto verso con ribetes escolásticos, materialistas históricos o post-estructuralistas estuviese en manos de un conciudadano. Muchos de los nomencladores eran portadores de un congénito defecto cognitivo que les impedía penetrar el contenido holístico de los textos siendo incapaces de hilvanar formas emergentes entre conceptos. Hay hermeneutas que estiman que el origen de tal afección sería social. Puede que alguno de estos nomencladores haya enviado, sin saberlo, aquel único ejemplar de la profecía a la biblioteca nacional del país de plata.

En aquel irreverente edificio, inconfundible a causa de su exótico estilo arquitectónico conocido como “brutalista”, cuya construcción demoró 33 años, casi la vida de un Mesías, en la sección de libros apócrifos y falsificaciones, se estima, podría estar aquella profecía que nada diría sobre el futuro de la tierra de plata y sus hombres, sino solo transitivamente al revelar los secretos del mundo del futuro. Aquella profecía era una profecía para adultos. Algo bastante diferente de las bucólicas y tibias profecías conductistas de Benjamín Solari Parravicini y otros inmorales pseudo-profetas providencialistas que sedujeron a los hombres de plata con destinos manifiestos y reveladas vocaciones de poder mundial. El profeta pagano, por el contrario, era un portavoz de la contingencia histórica, un metafísico de la antimateria de la necesidad, un didáctico meritocratizador.



Se cuentan en cantidades no superiores a los hombres de plata que llenarían autoconvocadamente el estadio de ferrum del este, los privilegiados conocedores de los trazos gruesos de aquella profecía, adentrados de su conocimiento vía alguna misteriosa tradición oral. Aquellos hombres, en su gran mayoría, aborrecían sus trabajosas implicancias, puesto que temían perder sus resortes sociales de poder articulados en torno a deplorables liturgias marginales de asignación de transferencias, al igual que el inefable don de lenguas que les era dado, por la bestia de siete cuernos, para sus sermónicas prácticas re-semantizadoras.

Frente a la posibilidad de escudriñar los fenomenológicamente encriptados aforismos de la profecía para adultos, y a doscientos años del ascenso de la ciudad-torre, poco deberían importarnos los ya pretéritos presente y pasado de los hombres de plata. De entre las dificultosas reducciones eidéticas practicadas a los relatos transmitidos por los conocedores de la profecía, se estima, que el futuro, al que los hombres de plata deberían haber atendido, (deberían porque nadie sabe aún como ha terminado aquel relato epopéyico) estaba caracterizado por el eventual surgimiento de una nueva *pax* global.

Aquella *pax* pareciera haberse construido tras una alianza celebrada entre los distintos colectivos humanos que moran en las inmediaciones loxodrómicas que se extienden desde el Ecuador hasta el Trópico de Capricornio. Aunque nadie sabe si la Orden de Jarretiere estaba detrás de aquella nueva *pax* -sería conspirativo sólo pensarlo-, los co-participes de aquel nuevo sistema iniciaron una fase avanzada de multipolarización del vecindario global. Las sociológicas reencarnaciones de Rasputín, Confucio, Gandhi, El barón de Rio Branco y Mandela, habían renovado el compromiso histórico de sus tierras con el éxito estratégico, la bonanza material, la concordia política y la prosperidad social. En torno a una pragmática alianza de solidaridad emergente, aquellos colectivos habían propiciado el inicio de un sustentable ciclo de incremento de capacidades endógenas que les permitió, cuenta el relato oral de la profecía, relocalizar el poder mundial al sur del globo. Contrariamente de lo que muchos conocedores de los gruesos trazos de la profecía opinaban, el profeta pagano no creía en la transmigración de las almas ni en el retorno de aquellos que duermen el sueño de los injustos, por el contrario, su profecía tenía solo que ver con estadísticas probabilidades de que la carga genética de los sistemas sociales con memoria impulsase a aquellos colectivos a asumir las desafiantes oportunidades y riesgos de un futuro planificado, con el adulto compromiso del esfuerzo sostenido, renunciando a las megalómanas farsas del destino.

Tal vez, algunos hombres de plata, con suficientes cantidades de la neuromoduladora serotonina, aquel chamánico agente bioeléctrico transmisor de la energía vital, hayan tenido la lucidez analítica para huir de sus gestálticas pregnancias narcisistas y autojustificadoras para escudriñar las pistas holística, simbólico-material, de la profecía para adultos. La ruleta contingente, pero antropógenamente condicionada de la historia, enfrentaría, tal vez, a los hombre de plata con una nueva oportunidad histórica de ascenso a la auténtica prosperidad. El mapa energético y minero global se había reconfigurado plásticamente, nuevas



áreas de interés vital habían hecho irrupción teniendo por epicentro a los mares -verdaderos crioservadores de megadiversidad, un posmoderno *aleph* de la biotecnología-; a las privilegiadas capas de humus multicultivizables y (re)pecurizables; a los caudalosos torrentes potables con potencial hidroeléctrico; a los tupidos mantos forestales; y a los inmensos bloques orográficos repletos de minerales. Los hombres de plata tenían una histórica oportunidad para apartarse definitivamente de su iurisconsultal acción nomencladora estructurante, para encontrarse, cual huérfano sin identidad, con las reafirmantes cosas, para comenzar a entenderse.

Los escasamente “serotoninicos” hombres de plata, dicen algunos, habrían, frente a la inminente relocalización de los talleres del mundo, apostado sin vacilaciones al conocimiento y a la adquisición lucrativamente individual de bienes de capital industrial y postindustrial socialmente transformadores, aprovechando los generosos dones de su tierra.

Muchos de ellos, auténticos poetas y mártires de las cosas, cuenta una subvariante no comprobada de la epopeya, impulsaron la conformación de una generación de jóvenes comprometidos con su futuro que renunciaron a sus boas y se convirtieron en orfebres de su propio destino de fina platería. Aquel destino, elegido por ellos, y consensuado sobre la base de una nueva lógica de bonanza transgeneracional, los habría llevado a asumir, no sin dolor, que aquel fantástico proyecto, les demandaría el sinsabor de 40 áridos años de cruce a pie del austero desierto del desarrollo materialmente autosostenible y ecológicamente sustentable, de la construcción de una paz social justa y meritocrática, y de la federalización demográfica del poder económico y político. Se presupone que lo sabían, y por ello, aceptaron con gozo no narcisista la nostálgica posibilidad de su mortal envejecimiento generacional en los albores de la tierra prometida, tal y como le sucediera al cansado Moisés. Aquel retoño había comprendido que el camino se hace al andar y que la tierra prometida anida en el frágil corazón humano de los hombres que se animan a creer adultamente.

